

Maremoto cotidiano

JULIO ALMEIDA *

Con 1.806 horas anuales trabajadas, España aparece como segundo país del mundo; tras Estados Unidos. Pese a los parados —con dos dígitos, aún demasiados—, trabajamos más que nadie en Europa. Ya lo sabíamos por experiencia. Seguimos con horarios formidables partidos, que dejan fuera a muchas personas sin empleo. Son horarios que estorban desde la natalidad hasta la educación de unos niños que se convierten en huérfanos de padres vivientes, como señalaba Julián Marías en 1998; horarios desmesurados que deshacen el prejuicio falaz de que mientras ellos viven para trabajar, nosotros trabajamos para vivir. No por casualidad, muchos jóvenes están creciendo sin educación y arremeten contra todo lo que verdeguea: contra el mobiliario urbano y contra quienes pretenden descansar, en sus botellones identificadores; contra los estudiosos, en el instituto; contra unos profesores tan mal organizados que carecen de dirección profesional estable, y bien que lo saben los muchachos. En la universidad (barata como el alcohol; con asignaturas excesivas que se despachan en calendario breve, fórmula inadmisible)

no es difícil distinguir entre quienes vienen con ganas de proseguir su educación —con entusiasmo, dice Platón en el *Fedro*— de quienes vienen a pasar el rato. Lo cantan en su rostro, en sus ademanes e indumentaria, en todo. Entre la estupenda minoría de entusiastas y el grupito estupefaciente de los que parecen haber hecho voto de ignorancia, la perpleja mayoría bizquea y se agobia en medio de una organización descabalada.

Día entero

Aunque no se sabe con exactitud cuándo empezó la cosa, vemos con qué contumacia se ha ido afianzando en España la convicción de que la jornada laboral debe ocupar el día entero, literalmente. De entrada, el trabajo suele empezar tarde; luego se interrumpe largamente para almorzar, acaso con “comida de trabajo”; y al final se prolonga con alguna/s hora/s extraordinaria/s. El resultado es aterrador, pero muchos creen a pies juntillas que esto es lo normal, lo que condice o consueña con nuestra idiosincrasia. ¿No será una idiotez y una pérdida de tiempo? En Francia festejaron en su día las ocho

* Catedrático E.U. de sociología. Universidad de Córdoba..

horas para trabajar, que alternan con ocho para dormir y ocho para el *loisir*, pero aquí salen otras cuentas: durmiendo menos, trabajamos —y vamos y venimos— mucho más. Sobre todo ir y venir. ¿Y el ocio?

Podemos empezar por cualquier parte, porque la realidad es sistemática, y siempre llegamos a lo mismo. La universal costumbre de madrugar se diría prohibida en España por una presunta idiosincrasia nacional, y luego se redondea con la posibilidad principal, por no decir única, de dilatarlo todo, hasta el punto de que llegar tarde procura prestigio a quienes se creen la ficción. Quien cena a las diez se siente más importante que quien lo hace a las ocho, dónde va a parar, y cerrar un bar parece un timbre de gloria. Es la versión actual del cervantino *Retablo de las maravillas*. El 20 de febrero, día de referéndum, a las nueve, empezábamos a votar; yo, porque madrugaba habitualmente; otro, porque se iba a cazar. “En Italia los colegios electorales abren a las 6:30 —le dije al cazador—; ya podía usted estar pegando tiros por ahí.” Don Quijote era gran madrugador y amigo de la caza, pero en día electoral habría tenido que esperar hasta la hora tercia para dedicarse a su ejercicio venatorio.

Hora tercia se decía en castellano antiguo (como en latín *tertia*) a las nueve de la mañana; la hora *sexta* señalaba el mediodía, de ahí la siesta, y así las doce horas del día solar. En el universo mundo la tarde empieza a las 12:00 —mediodía—, aunque el adelanto de horas nos confunde: una horita pasable en invierno, desde 1946; dos horas desmedidas en verano, desde 1974: horario veraniego de siete meses. (Horario normal de bares de la ciudad en que vivo: Mañanas, de 12 a 16; tardes, de 8 a 12.) Después de los informes de PISA, que revelan diferencias entre los escolares del mundo, en Alemania, donde sólo se da clase por la mañana, hasta poco después de la una, quieren alargar la jornada para incrementar los rendimientos de sus jovencitos, que han

bajado últimamente para vergüenza de sus mayores: almorzando en la escuela, será la *Ganztagschule*. ¿Qué quiere decir esto? Porque raras veces piensan dos lo mismo, cuando hablan de la *Ganztagschule*, dice el *Spiegel*, número especial, 3, 2004. *Denn selten meinen zwei dasselbe, wenn sie Ganztagschule sagen*. Un diario, traduciendo al oído, informa que el 79 por ciento de los encuestados de un sondeo de opinión allá “se mostraba partidario de la escuela durante todo el día” (El País, 18.10.2004). Ahora bien, esa palabra la entienden en realidad como escuela de ocho a tres o cuatro de la tarde. Los maestros permanecerán absurdamente en la escuela 37,5 horas a la semana... Al traducir, hay que tener cuidado con los falsos amigos. El curso próximo algo más de 5.000 escuelas introducirán esa modalidad, una de cada ocho de las 40.500 que hay en la República Federal, informa la revista *Erziehung und Wissenschaft* en su número de junio. La ministra de Educación —Edelgard Bulmahn, socialista— está convencida de que la *Ganztagschule* hará bien a los niños que van mal. Es un alto costo, según me dicen. Pronto veremos.

Cicerón, para ejemplificar el vulgar proverbio de que *Summum ius summa iniuria*, recuerda a un curioso general que, habiendo pactado con el enemigo una tregua por treinta días, “talaba por las noches los campos, porque las treguas se habían tratado de días y no de noches” (Oficios, I, X). Pero aquí y ahora pretenden algunos que el día entero excluya meramente la noche y podremos encerrar a los niños como animales. Y los padres, ¿qué harán todo el día, trabajar también? Vulgar proverbio, escribe el clásico latino. ¡Caramba con la vulgaridad!

El arte de diferir

Es un arte trabajado con sabiduría, no siempre delicada. Alargamos el tiempo con delectación universalmente famosa. En el entorno de la Mezquita de Córdoba, un guía dejaba descansar a los turistas

japoneses para que compraran recuerdos; les daba veinte minutos, pero antes de que se desbandaran, precisó a gritos: “British minutes, no spanish minutes.” Se diría que los españoles tenemos minutos diferentes, diferidos, que podemos estirar el tiempo, gastarlo con gracia o sin ella. Como dice Einstein, el tiempo es relativo. Pero quienes creían que la puntualidad era cosa de otros, no nuestra; que los trenes españoles no podían llegar a su hora, por ejemplo, ¿qué dirán ante el Ave rapidísimo cotidiano? Por lo demás, ahí están los cientos de miles de españoles que trabajan con puntualidad condigna en tantos países europeos. Nuestras supuestas diferencias congénitas resultan en verdad diferenciaciones caprichosas, por no decir absurdidades inertes. ¡Cómo va a ser normal llegar tarde por principio!

Conviene siempre observar antes la sociedad, para entender luego la educación. Frente a la jornada estándar de ocho o nueve horas, interrumpidas por breve almuerzo, nosotros acostumbramos prolongarla hasta lo indecible, con perjuicio por lo pronto para los parados: en la misma casa, pluriempleo y desempleo juntos. Sin duda nuestras jornadas se prolongan demasiado. “Pero si uno de mis obreros llega tarde, yo no le digo *na*”, suelta de pronto el dueño de una carpintería con jornada oficial de diez horas: flexibilidad en la desmesura que recuerda el funcionamiento del Antiguo Régimen, según Alexis de Tocqueville: “Una regla rígida, una práctica blanda.” Con lo cual nuestra productividad es de las más bajas en los países de la OCDE, tiene que serlo por fuerza; y con horarios tan largos se multiplican por necesidad los accidentes laborales, algunos por cierto a horas intempestivas, cuando en otros países la faena ha terminado.

Y al igual de los trabajos interminables (que impiden a las mujeres jóvenes tener hijos y cuidarlos; a las mujeres y a los varones), unos planes de estudios excesivos y unos horarios tremebundos, amén de otros factores, garantizan más

fracaso escolar de lo conveniente. Y así como la jornada suele comenzar tarde y se dilata con delectación primorosa, los estrategos del curso escolar y académico vienen aplazando el orden natural climático; demorando el inicio en setiembre, al final unos estudiantes sobrecargados hacen las grandes pruebas de junio hasta bien entrado el mes de julio.

“En los días caniculares / cuando el sol era más bravo, / nuevo amor, nueva querella / mi vida hieren temprano.” Así empieza un viejo romance. Pero nuestros estudiantes podrían sustituir el verso tercero por “nuevos controles y pruebas”. Tenemos exámenes en junio y en julio, en setiembre, en diciembre y (desde 1992, cuando aparecieron las asignaturas cuatrimestrales) en febrero; no cuento los parciales. El curso se destroza con tanto examen. No es casual que nuestros estudiantes no sepan mucho, ocupados como están examinándose.

Maremoto vespertino

A diferencia de lo que sería esperable, así en un país moderno de Occidente como en un país subdesarrollado, en España, cuando amanece, la vida se retira extrañamente —como un mar que amenaza, pienso yo—. La luz del sol no señala el principio de la jornada, el atareado murmullo de los hombres, que dice Milton en alguna ocasión, *the busy hum of men*. Al contrario: llama la atención el silencio, un extraño silencio que dura media mañana por lo menos. Algunos bares acogen a madrugadores extraviados que esperan la diana. “Hay días en los que a las once de la mañana hemos hecho cero pesetas en caja”, me decían en una tienda en la que compré una camisa en momento de lleno. Como luego se cierra durante horas para descansar, a prima noche, antigua hora de vísperas, ¡adviene con regularidad el maremoto! Es un tsunami visible y audible que dura hasta que el cuerpo aguante, un tsunami cotidiano que parece consustancial con la vida

española, un fenómeno que reclama la comparación con la calma chicha europea, menos necesitada de alboroto. La hora primera nocturna cordobesa de un viernes de noviembre, les pareció a unos jóvenes alemanes como el carnaval.

Este es nuestro acontecimiento diario, que cada uno evaluará como prefiera. Naturalmente, el cuerpo aguanta por la noche tanto cuanto sustrajo a la mañana y quizá reforzó con una siesta precavida. Cuando se afirma con desdén que los otros europeos se meten en sus casas a las seis o las siete, pobrecillos, se ignora que no se tragaron media mañana y no hay que devolverla al final de la tarde; se ignora que han trabajado menos tiempo y de una vez, y se ignoran sus asuntos, su vida personal intransferible. Porque nosotros no tenemos un horario como todo el mundo: tenemos dos... alargados con alevosía. Y al maremoto le va bien la cena abundante y bien regada, que ha coevolucionado (diría un biólogo) con el desayuno flojo, apenas un "café bebido" en muchos casos, como se ve por la mañana depresiva. Por lo demás, ¡ya quisieran algunos tener en casa la mitad de los metros que tienen aquellos! De modo que el arrastre vespertino y nocturno inconmensurable volverá a impedir estar en forma al alba. Es decir: si al norte y en el centro de Europa garantizan el silencio nocturno y el bienestar de la población, al sur del continente también se provee a la salud pública permitiendo gritar cuanto se desee hasta pasada la medianoche; se permite la radio-discoteca en el coche, se deja que la moto ruede sin el enojoso silenciador: salud relativa, porque los jóvenes empiezan a estar sordos y habrá más trabajo para los otorrinolaringólogos. Los nórdicos no entienden nuestra afición al barullo, nuestra necesidad de alteración, y los andaluces típicos no comprenden que el ensimismamiento (que leer libros) sirva para algo. La inmensa minoría excepcional confirma esta regla tiránica, y el *hooligan* coge un avión en Londres para animar nuestro cotarro, para sentirse a gusto con decibelios fuera de control. El botellón es

la última expresión en este camino de despropósitos.

En su enorme prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del Conde de Yebes (que se ha reeditado hace poco), Ortega distinguía entre el trabajo y las actividades *felicitarias*: caza, danza, carrera y tertulia. Hace un cuarto de siglo, Luis García San Miguel estimaba que en España se practica muy poco deporte. "Esto es verdad para todas las clases" en 1980, sí, pero no en 2005. Lo que parece mantenerse es la tertulia, tres o cuatro cada día, calcula el profesor de la Universidad de Alcalá en *Las clases sociales en la España actual*, página 160, hablando sobre el tiempo libre. Falta contabilizar la tertulia en el trabajo; porque, como estima en otro lugar, no se rinden o aprovechan más de dos horas de las ocho que teóricamente están trabajando, pág. 64. ¿Exagera tal vez? (Una alumna, al comprender, se desconcierta: "Hablar todo el día, ¿no es normal?") Habría que tener en cuenta también el teléfono, cuyas facturas crecientes asustan en muchos organismos públicos. Y no hablemos de las tertulias televisivas y radiofónicas, que se entreveran con las que intentamos. Bueno, cuando el extranjero pregunta adónde va un coche a gran velocidad, opino con melancolía: "A hablar, probablemente."

Día entero, jornada continua: palabras exageradas, corregidas y aumentadas en España. ¿Por qué no queremos entrar por el camino de la medida? Para los emigrantes que se fueron a Alemania los años 60 y 70 del siglo pasado, acostumbrados al tajo de sol a sol, la fábrica de siete de la mañana a tres de la tarde les venía pequeña: para los bravos españoles, ocho horas eran medio día: sic. Y en la universidad, análogamente, horarios de seis y siete horas diarias parecían normales. "Como en la Administración." Los resultados lógicos, allí y entonces, eran el aburrimiento y una que otra enfermedad nerviosa subsiguiente; aquí y ahora, ¿quién no los ve? Casi nadie piensa en el tiempo libre cotidiano, tiempo ocioso personal con el

que se debe contar desde primero de primaria, y los más se lo entreveran de muchas maneras en la jornada brutal establecida.

¿A qué obedecen nuestros horarios desparejos? Tenemos pisos chicos en propiedad, pero se vive mayormente en el bar, verdadera segunda vivienda gobernada por camareros con frecuencia menos serviciales que mandones; con tres o cuatro millones de pisos vacíos, casi todos los “jóvenes de 25 a 34 años” viven de-bajo-cabe-con sus padres en apariencia, pero más bien en esos bares excesivos (no en los mismos, no a las mismas horas). Ha adquirido un alevoso prestigio la nocturnidad, que muchos, a falta de otro hilo de Ariadna, confunden con posmodernidad y nunca saldrán del laberinto. Maestro Pinillos, ¿no le parece? Finalmente, creo que una secuacidad desmayada impide a los tímidos hacer su vida y zafarse del ibérico tsunami, que parece haber tomado carta de naturaleza. A nuestro estudiante le sorprende su joven huésped inglés, alemán o sueco, que por la noche se retira a su habitación para leer un rato. Los españoles descubren de repente que hablar no es la única posibilidad en la vida, que hay más cosas en el cielo y en la tierra.

Los profesores de sociología de la educación explicamos la fabricación de la excelencia en el aula y fuera de ella. Pues bien, mucho antes de la escuela obligatoria, en un endecasílabo inmortal, Cervantes afirmó que “cada cual se fabrica su destino” (*La Numancia*, I). Si no nos arrastra el maremoto, que organizamos con puntualidad desde por la mañana temprano.